



DÍA CON DÍA
Héctor
Aguilar
Camín

Descreídos

Nos dice la oportuna encuesta de María de las Heras que 56% de la gente "no se creería que lo de Mouriño fue un accidente" (MILENIO, 10/11/08).

Hubiera apostado a que los descreídos eran más. Según yo, la incredulidad en torno al siniestro en que murió el secretario de Gobernación rondaría 70 por ciento, porque la sospecha es una especialidad nacional, por lo menos desde el año terrible de 1994.

Nada se creyó entonces ni se cree todavía de las versiones oficiales sobre lo sucedido con el asesinato de Colosio.

En 2004, 88 por ciento de los mexicanos creía que el homicidio de Colosio había sido fruto de un complot, el complot que no encontró en ningún lado la exhaustiva investigación judicial, absurdamente reservada del escrutinio público, aunque disponible en un resumen de cuatro tomos notables, hechos por el último fiscal del caso, Luis Raúl González Pérez.

La incredulidad ante evidencias o versiones oficiales es una especialidad de regímenes autoritarios, como dijo Carlos Marín en su columna de ayer. La impunidad dictatorial acostumbra a la autoridad a mentir y la resignación ciudadana se venga descreyendo en privado lo que no puede desafiar en público.

En sociedades democráticas la incredulidad es la raíz misma del debate y de la crítica. Los gobiernos están sujetos a inspección obsesiva,

como si fueran culpables de antemano, y lo normal en el espacio público es el escrutinio independiente y la exhibición de las miserias políticas, entre ellas, la inveterada necesidad de callar y mentir —democrática o autoritariamente.

Me temo que en México se han unido vertientes de la incredulidad autoritaria y de la incredulidad democrática para alumbrar una incredulidad genéticamente resistente a la verdad y a las pruebas.

Así las cosas, las cifras de María de las Heras parecen medir un ataque de incredulidad razonable. Sólo 56 por ciento de la gente no se cree lo del accidente, pero 44% sí. Esta última cifra es notable, sobre todo porque ni la investigación oficial ni los discursos del Presidente han asumido desde el principio que fue un accidente. Han dejado abierta siempre la rendija a otra cosa.

Los ciudadanos encuestados por María premiaron, en cambio, la actuación de las autoridades en el siniestro. 68 por ciento dijo que las autoridades lo habían hecho bien o muy bien. Y sólo 24 por ciento dijo que no, que no habían investigado correctamente.

No está mal para tratarse del país de la sospechas.

Coda: *Gobernar con los amigos, suena mal. ¿Entonces, con los enemigos?* ■ M

acamin@milenio.com

